Evocó los demonios renegridos y las llamas que atormentaban a los condenados, quizá las mismas que aquel fraile loco, Savonarola, prometía a todos los que en Florencia amaban el refinamiento y la belleza. ¡Y ella apreciaba tanto las cosas hermosas! Tal vez los bronces y las esculturas antiguas que coleccionaba Lorenzo fuesen pecado puesto que la mayoría eran paganos pero la medalla que el maestro Nicolo Florentino grabó para ella no podía serlo… ¿O sí? En el reverso aparecían las Tres Gracias… Pero no, no, como había dicho el señor Pico de la Mirándola, el amor aspira a la belleza, y por tanto, amar la belleza es amar a Dios. Todo el mundo sabía que el maestro Botticelli amaba la perfección de Simonetta y nadie dudaba de la virtud de ese sentimiento. Había escuchado hablar mucho de esos asuntos en la casa paterna y en la de su esposo, en conversaciones que también eran hermosas, sublimes por la profundidad y la sencillez con que se defendían los argumentos. Y, al igual que sus hermanas, aprendió a leer los libros de su padre, escritos por los mayores sabios de todos los tiempos, en ninguno de los cuales se criticaba la sutileza del espíritu ni el valor de los objetos artísticos. Oh, no, era imposible que hubiera algo innoble en los vestidos de seda blanca y azul de las cien doncellas que formaron su séquito el día de su boda. Un nudo se rompió en su pecho y un vómito de sangre interrumpió sus pensamientos. Notó que la incorporaban y sintió que conseguía respirar, como si la expulsión de aquel humor la hubiese liberado del nudo que oprimía sus pulmones. Se fijó en que dos de sus damas estaban limpiándose la sangre que había salpicado sus rostros y sus delantales. La enfermedad es fea, el dolor el feo, pensó, mi vestido de boda, de brocado de seda de oro y cubierto de perlas, era hermoso, y también lo eran los trajes del señor Lorenzo de los Medici, que acompañó a mi esposo, y las cadenas de oro de los señores Guichardini y Castelani que me escoltaban a mí, y el anillo del embajador del rey de España ante el Papa Paulo, que sentí frio cuando besé, y las flores y las velas que coloreaban la iglesia de Santa María, y la música que rebotaba en los frescos de las estancias del palacio… Volvió un poco la cabeza para contemplar el gran cofre ricamente pintado en el que, junto con otras piezas de su ajuar, guardaba todavía su traje de boda, pero había demasiadas personas en torno a su cama… El dominico furibundo había sido expulsado de Florencia pero sus palabras continuaban escuchándose por las calles, repetidas por aquellas gentes desdichadas y violentas que llenaban la ciudad y que también eran feas. No solo lo eran sino que, además, estaban tan apegadas a su propia fealdad que no eran capaces de reconocer la belleza. Giovanna recordaba a su madre enseñando a las criadas que les enviaban desde las granjas de Arezzo, muchachitas que olían a oveja, que no diferenciaban una escudilla de peltre de una bandeja de plata antigua y que canturreaban tonadas pueblerinas mientras en los jardines se interpretaban las danzas del maestro Dalza. Sí, Caterina sabía educar a aquellas criaturas y convertirlas en seres que, al menos y aunque solo fuera por temor, eran capaces de cuidar las cosas hermosas que había a su alrededor. Tengo que averiguar cómo lo hacía ella, pensó Giovanna, porque algún día tendré que hacerme cargo de esta casa. Pero entonces cayó en la cuenta de que no tendría ocasión de ser la señora de una gran familia. Me estoy muriendo. Abrió los ojos de nuevo, sobresaltada por esa certidumbre. Varias personas se inclinaron sobre su cuerpo pero ella solo se fijó en que alguien había descorrido una cortina y la luz entibiaba una pequeña parte del fresco de una de las paredes. Las figuras de la pintura apenas se distinguían pero sí los jazmines que trepaban por un muro alrededor de una fuente. El sol era pálido todavía, apenas sin fuerza para traspasar las nubes, pero suficiente para convertir el dibujo en algo vibrante, más armonioso que unas flores y una fuente auténticas. El pozo y los jazmines en el patio del convento de San Vincenzo no eran tan delicados como estos trazos y la luz que se reflejaba en las paredes enjalbegadas era demasiado intensa. Dejó de contemplar la pintura y le vino a la memoria la abadesa Annalena, omnipresente en todas las salas del convento, observando hasta los detalles más insignificantes del comportamiento de las niñas con su mirada severa o a través de los ojos de las hermanas a sus órdenes. Desde que entró en el convento, con poco más de diez años, Giovanna siempre asoció el concepto de gran dama con la imagen de Annalena Malatesta. Distante, refinada y autoritaria, la abadesa era bella. No necesitaba elevar la voz para imponerse, caminaba deslizándose y sus manos, blancas y largas, se movían como alas de un ave desconocida entre las mangas del hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo. Tan bella, ciertamente, que Giovanna, al igual que la mayoría de sus compañeras, deseó en algún momento imitarla y formar parte de aquella comunidad para el resto de su vida. Sin embargo, entre las muchachas mayores, siempre había alguna que recordaba que la abadesa había fundado el convento en su propia casa solo porque su esposo, el valiente condotiero Baldaccio di Angheri, había sido asesinado y su hijo había muerto demasiado pronto, lo que demostraba que la vida en sociedad era mucho mejor que la del claustro y que solo el dolor impulsaba a las mujeres a renunciar a ella. Giovanna imaginó el cadáver del guerrero, con las heridas del puñal aún sangrantes y el cráneo destrozado a causa del golpe cuando fue arrojado desde la ventana del palacio de los Medici. Los muertos eran feos, los asesinatos eran feos. Pero ni siquiera todos los crímenes eran iguales. Recordó los gritos, el entrechocar de las armas, los cascos de los caballos, la inmensa confusión del día en que los Pazzi intentaron matar al señor Lorenzo de los Medici, cuando ella tenía diez años y acababa de ser llevada a San Vincenzo. El revuelo entre las hermanas, el gesto tenso de la abadesa Annalena cuando las reunió a todas en la capilla y les ordenó rezar durante horas, mientras las velas se consumían una tras otra y cada alarido en la calle auguraba sangre y fuego. Giovanna había sentido miedo, sobre todo porque cada vez que miraba a la abadesa veía que ella lo tenía, pero recordaba también que había algo de grande en aquel terror ante hechos que parecían estar conmoviendo los cimientos del mundo. Y luego, cuando todo se supo -y en los años siguientes cada vez que se hablaba de ello-, los muertos y los sobrevivientes, los ejecutados y los ejecutores estaban envueltos en una pátina de dignidad que los hacía hermosos. Eran hombres muy diferentes de aquellos a los que no les estaba permitido acercarse a la puerta ni a los muros del convento para no incomodar a las damas con sus gritos soeces y sus peleas por cuestiones bajas pero que las muchachas habían entrevisto a menudo en las calles de la ciudad. Florencia estaba llena de individuos miserables, de campesinos mugrientos que acudían a la ciudad oliendo a cebolla y a cabra, siempre dispuestos a mancillar a una joven noble si no salía de casa bien protegida. Nada los ennoblecía, ni su porte, ni sus raídas vestiduras, ni la suciedad de sus cuerpos, ni las razones por las que gritaban o sacaban los cuchillos, y ni siquiera agradecían los enormes esfuerzos que las buenas familias de la República hacían por ellos. Giovanna había escuchado decir a su padre y a su suegro que necesitaban contentar a esa chusma para que lucharan por ellos en caso de necesidad, pero eran feos. Muy feos. Y solo la belleza me llevará hasta Dios, se dijo Giovanna.